

## RESEÑAS



***El Agente Secreto*, de Joseph Conrad. Traducido por M<sup>a</sup> Jesús Sevillano. Introducción de Juan Rey. Colección: Clásicos de la Literatura. Edimat Libros, S. A. Madrid, 2007.**

Traducir a Conrad supone un triple desafío para el traductor avezado que aumenta exponencialmente cuando se trata de un traductor novel. El primero es de naturaleza lexicológica, puesto que se trata de un escritor que buscaba afanosamente la connotación de las palabras. El ideario poético de Conrad consistía en un flaubertiano 'cherchez le mot', lo que significa que su estilo abunda en riqueza de matices y por ende es complejo *per se*, convirtiéndose su traducción en un costoso ejercicio lexicológico.

El segundo desafío es el tono de su discurso, que se fundamenta en un mundo de percepciones psicológicas muy sutiles con clara influencia de Dostoievski y a menudo poco comprensibles para el lector actual. Ello supone 'leer' bien el texto, abrirse camino en la hojarasca de las palabras, bucear en el universo sumergido creado con la arquitectura frágil de vocablos plurivalentes y que resuenan extraños a nuestro oído acostumbrado a otras claves tonales y a otros compases. George Steiner en su reciente "Gramáticas de la Creación" nos lo recuerda con insistencia. Digamos, por seguir el símil musical, que es como pasar de repente de una sinfonía dieciochesca de tipo mozartiano a una composición de Igor Stravinsky o Bela Bartok. La pretendida armonía nos sonará, sin duda, disonante si la medimos por los mismos parámetros. Así es la prosa de Conrad. Y en ello algo tiene que ver son su oído extranjero, y a su aprendizaje tardío pero perseverante del inglés a partir de su adolescencia.

El tercer desafío es de carácter cultural, pues el mundo que nos presenta Conrad se erige como una suerte de laberinto cuya peculiar construcción se debe percibir en las nervaduras de vocablos yuxtapuestos. Con la ficción viajamos a otros mundos que a menudo compartimos en gran medida con el mundo de lo cotidiano. Es, en efecto, la experiencia cotidiana que vivimos la que nos ayuda a localizar el espacio de ficción y ubicarnos sin alienaciones en su mundo. Comenta el prologuista, y viene bien traído aquí el punto, que Conrad nos mete de lleno en el ambiente de corrupción terrorista de corte anarquista, sin preocuparse de quiénes eran los anarquistas ni qué sentido tenía su ideología. Simplemente ve en esta ala extremista del acratismo un cáncer que corroe la sociedad, un verdadero cactus espinoso en un jardín, por su actitud violenta y opuesta al sistema establecido. En realidad, a Conrad le preocupa más la conciencia individual, la infidelidad y la corrupción del sujeto más que las ideologías de grupo. Ello se transluce en su estilo a menudo prolijo y de sintaxis compleja y tortuosa, buscando la elaboración retórica como instrumento para describir hechos e individuos de cierta complejidad psicológica.

Traducir es, entonces, una labor de realizar un buen enfoque, pues traducir no es sino interpretar pertinentemente el mundo de referencias externas que experimentamos como lectores de forma vicaria al ser trasportados allí de la mano del autor. Conrad nos previene en la Nota del Autor a modo de preámbulo: "No sé si

realmente sentía que quería cambiar, cambiar mi imaginación, mi visión y mi actitud mental... (...) Recuerdo, sin embargo, observar la futilidad criminal de todo ello, doctrina, acción, mentalidad, y sobre el despreciable aspecto de la postura de media locura de un estafador explotando las profundas miserias y apasionadas credulidades de una humanidad siempre trágicamente entusiasta de su propia destrucción” (pp. 27-28). El mundo elaborado en la mente de Conrad en principio nos intimida, nos incita a rechazarlo por ajeno a nuestra experiencia cotidiana, y por tanto exige una metástasis o progresiva transformación de la inicial inestabilidad en un precario pero necesario equilibrio, si queremos abrimos paso entre la maraña del relato. De acuerdo con el crítico John Holloway, “Conrad has...his sense of life as a sustained struggle in moral terms: an issue between good and evil, in the fullest sense of these words, which individual men find they cannot evade”. Es ese mundo del descontento fruto de la frustración, y la consiguiente inestabilidad psicológica lo que provoca esa sensación de desasosiego y de falta de asidero moral en el lector, que es el tono de la obra que el traductor está obligado a perseguir tenazmente.

Conrad, como bien observa el prologuista, ha estado en el punto de mira de varios directores cinematográficos, entre los que destaca a Hitchcock (*Sabotage* de 1936), como Hampton (*The Secret Agent* de 1996). Este hecho nos habla de la fuerza dramática de sus personajes, de los ambientes lóbregos y tenebrosos en que se mueven, preludio de la novela negra posterior, y de los efectos emocionales de sus argumentos que hacen de esta novela y de otras del mismo autor (recordemos a *Lord Jim*, *Heart of Darkness*, así como *Nostramo*, sin duda su mejor novela, que también han sido llevadas con éxito a la pantalla) obras fundamentales en ese agitado comienzo de siglo XX.

Tras este sucinto pero necesario preludio, paso a evaluar, siquiera superficialmente, alguna de las soluciones que la traductora ha propuesto en su versión de la obra. Digamos de entrada, que son los traductores literarios aquellos que tal vez más labor de documentación necesitan realizar de entre todos los especialistas en traducción. Sin embargo, la mayoría de los traductores se forman hoy en especialidades cuyas exigencias laborales van en realidad poco más allá de la oportuna consulta de un buen diccionario experto. Tal juicio lo mantengo a tenor de los resultados, es decir, por numerosos documentos consultados en los que la sintaxis no cambia sino mínimamente, siendo sólo un limitado número de términos concretos los objetivos del traductor y que un buen diccionario resuelve, como bien señalaba el filólogo y traductor Julio Calonge en sus meritorios “Estudios de Lingüística, Filología e Historia” (objeto de reciente reseña en estas mismas páginas). Traducir literatura es algo que exige más tiempo de lectura del autor, más conocimiento del trasfondo histórico, social y cultural, más conocimiento de la lengua original y, no en menor grado, la propia, es decir, debe el traductor dominar, como mínimo, unos rudimentos filológicos, según afirma el experto maestro de traductores, V. García Yebra en “En torno a la Traducción”.

En el Capítulo primero observamos algunas expresiones infelices cuya principal falta es la imprecisión de los términos: que la frase de gerundio 'going out in' la hace equivaler a una temporal restrictiva 'cuando salía' seguida de una frase un tanto ambigua y carente de tonalidad española allí donde no existe ambigüedad alguna. Una mejor versión sería: "Mr. Verloc, al salir por la mañana, dejaba la tienda al cargo personal de su cuñado" en vez de "Mr. Verloc, cuando salía por la mañana, abandonaba su tienda a nombre de su cuñado". Las inferencias sobre el 'estado de cosas' pueden ser muy distintas tratándose de la primera frase. Igual infelicidad ocurre con la versión, unas líneas más adelante, de "The shop was a square box of a place, with the front glazed in small panes". "La tienda era un lugar en forma de caja cuadrada, con el escaparate vidriado formado de pequeños cristales". No sabríamos decir qué referente externo tenemos ahí. No creo que la traducción dé una idea exacta del sentido en español, siendo en inglés una descripción tan evidente. Y sigue una frase que no es acertada: "in the evening it (the door) stood discreetly but suspiciously ajar" que aparece: "por la tarde se encontraba abierta discreta pero sospechosamente" y debería ser más exactamente traducida por: "al anoecer la puerta permanecía discreta pero sospechosamente entornada". No era por la tarde, pues aquí 'evening' se contrapone a 'daytime' y no estaba cerrada la puerta sino entreabierta, que es muy distinto.

Unas líneas más adelante leemos con perplejidad: "El escaparate contenía fotografías de bailarinas más o menos vestidas" cuando en realidad debe decir: "bailarinas más o menos desnudas", lo cual no es lo mismo, como no es lo mismo decir que Jimmy tenía la botella medio llena que medio vacía para decir que había estado empujando el codo. Las implicaturas que sugieren son de distinta naturaleza. En fin en la misma primera página leemos: "a few books with titles hinting at impropriety" vertido por: "unos cuantos libros con títulos insinuantes hasta la impropiedad" donde debe decir "unos pocos libros con títulos que sonaban poco pertinentes". Volvemos a leer lo inexacto de la frase "Estos clientes eran u hombres muy jóvenes, que se inclinaban sobre el escaparate durante un momento antes de seguir adelante repentinamente, u hombres de edad más madura, que generalmente tenían el aspecto de disponer de fondos" para traducir "These customers either were very young, who hung about the window for a time before slipping in suddenly; or men of a more mature age, but looking generally as if they were not in funds". Los jóvenes no se inclinaban sobre el escaparate, sino que merodeaban alrededor de él y finalmente entraban en vez de seguir su camino y los hombres maduros, por su parte, más bien parecían carecer de fondos, no lo contrario.

Tampoco es muy feliz la expresión, unas líneas más abajo: "La campana restallaba con desesperación" por "It was hopelessly cracked" en lugar de "La campana estaba muy cascada (rota)" eso sí, sin desesperación ninguna, más bien sin posible arreglo. Vuelve a repetir ese restallido con 'impudente' virulencia. 'Impudente' no es vocablo latino muy usado en español coloquial y menos 'impudencia', utilizado más adelante, pero sí sus sinónimos 'osado' o 'atrevido'.

intrépido' o 'temerario'. Luego, Winnie Verloc es descrita como una mujer “mujer de busto lleno, en un ceñido corpiño, y de anchas caderas”. Tres postmodificadores nominales con distinta construcción en español, imitando servilmente la expresión inglesa. (Algo más abajo propone “los hombres con los cuellos levantados...”) El original reza así: “woman with a full bust, in a tight bodice, and with broad hips”. Sonaría a castellano normal verterlo así: “mujer de generoso busto, vestida con un ceñido corpiño que resaltaba sus anchas caderas”.

Por no alargar en exceso esta reseña con más perlas de este jaez sólo señalaré finalmente que hay dos frases que se han suprimido y me pregunto por qué si contienen importante información sobre el personaje central: “These last were pronounced. He was thoroughly domesticated”.

Se impone pues una revisión total de la obra que la expurgue de errores, le pule sus contornos rugosos y le dé un brillante acabado. Resulta irónico que un autor que tachaba y pulía sin cesar su estilo de inglés no nativo acabe siendo traducido tal alevosamente al español. Creo que no se lo merece.

En fin, la evidente falta de calidad de la versión puede ser achacable a varios factores que, por desgracia, confluyen con frecuencia en traducciones literarias, incluso en obras señeras y autores sobresalientes. Esos factores contribuyen a que la traducción no sea de recomendable lectura: a) el apresuramiento en la ejecución de la versión y los plazos impuestos al traductor por parte de los editores; b) la escasa remuneración de tan noble labor, achacable a las editoriales que con frecuencia aplican tarifas por debajo de lo exigido por las Asociaciones profesionales. c) la nada disculpable preparación del traductor, puesto que hay muchos otros preparados para ejercer ese nada desdeñable menester, máxime cuando se trata de obras y autores destacados. d) y, como último eslabón de esta lamentable cadena, la falta de revisores pagados por las editoriales, que deberían de poner los puntos sobre las íes a defectos tan notorios.

En la tumba de Conrad en Canterbury está gravado este epitafio en versos del poeta Spencer sobre su lápida: “El sueño tras el esfuerzo, tras la tormenta el puerto”. Mejor que los muertos no levanten la cabeza.

[VICENTE LÓPEZ FOLGADO]

**De Toro Santos, Antonio Raúl; Cancelo López, Pablo, *Teoría y práctica de la traducción en la prensa periódica española (1900-1965)*. Vertere. Monográficos de la revista *Hermeneus*, nº 10. Soria, 2008, 164 pp. ISBN: 84x-96695-24-7.**

Se puede afirmar que la traducción ha existido siempre. O casi siempre. Sería una labor imposible datar el primer acto traductor de la historia, porque, desde el momento en que hablantes de diferentes lenguas tuvieron la necesidad o el deseo de entenderse, existió nuestra disciplina. Evidentemente, es una actividad que ha ido evolucionando con el tiempo, porque, si bien al principio debió ser concebida como un medio necesario para la comunicación, como un acto puramente práctico y

pragmático, el paso de los siglos hizo que su consideración fuera cambiando. Así, la traducción ha tenido un importante papel en las relaciones políticas y diplomáticas, ha servido para dar a conocer culturas lejanas o exóticas, ha hecho accesibles grandes clásicos literarios a distintas comunidades de hablantes... Funciones todas ellas que, por supuesto, sigue teniendo hoy y tendrá en el futuro, porque la traducción es una actividad eminentemente unida al ser humano, quien siente una necesidad de comunicarse con los demás. Sin traducción, dice Steiner, “habitaríamos provincias lindantes con el silencio”.

Por todo esto, sería lógico pensar que el pensamiento teórico sobre la traducción debería también datar de tiempos inmemoriales. Y sin embargo no es así. Las corrientes teóricas modernas aparecen a partir de mediados del siglo XX, décadas más tarde en el caso de España. No obstante, este libro nos demuestra que, aunque no existiera una reflexión teórica “organizada”, por decirlo de alguna forma, sobre traducción, aunque no se publicaran libros al respecto ni se avanzara en su estudio en las universidades, su condición de actividad intrínsecamente unida al individuo y a la vida en sociedad provocaba que la reflexión surgiera de forma casi natural.

Antonio Raúl de Toro Santos y Pablo Cancelo López firman un trabajo de recopilación riguroso y completo. Los 32 artículos que componen *Teoría y práctica de la traducción en la prensa periódica española (1900-1965)* forman una radiografía de la vida cultural y literaria de España en la primera mitad del siglo XX. Por lo tanto, este monográfico, editado por la revista *Hermeneus*, es, además de un brillante trabajo recopilatorio, un homenaje a todos los traductores en la sombra, a los que anticiparon las bases de las teorías que se desarrollarían años más tarde, a los que trajeron cultura a un país deprimido por la guerra y la dictadura.

La obra, de 151 páginas, consta de un prólogo de los autores, una introducción, y dos partes tituladas “Teoría de la traducción” y “Crítica de la traducción”. Si bien el prólogo es una breve explicación de la metodología seguida en el trabajo, la introducción, escrita por Román Álvarez, prepara al lector para la correcta comprensión de la obra. No está a punto de leer artículos innovadores que supongan un avance en el campo de la traductología, sino de escarbar en sus orígenes; en otras palabras, no se trata de viajar hacia el futuro, sino de echar una mirada al pasado. Catford aún no había desarrollado sus teorías acerca de la equivalencia, Hermans no había hablado de manipulación y todavía faltaban muchos años para que Venuti escribiera sobre la visibilidad del traductor, y sin embargo, como dice Álvarez, “de algún modo, en los artículos aquí recogidos todo eso está sin formular pero late de manera soterrada” (p. 15).

En las nueve páginas de la introducción, Álvarez contextualiza los artículos e incluye interesantes reflexiones acerca del convulso período histórico en el que fueron escritos. Compara el momento pasado con el actual y nos hace ver que, aunque la traductología ha avanzado mucho en los últimos 50 años, hay cosas que siguen igual: problemas recurrentes en nuestra profesión que siguen sin solución, preguntas que aún no tienen respuesta. Así, Álvarez nos insta a leer esta obra no con

nostalgia, sino con reconocimiento, observando la visión caleidoscópica y heterogénea que forman los “deliciosos artículos” (p. 19) que componen el libro, recordando que, antes y ahora, la diversidad de opiniones es enriquecedora y siendo conscientes de que fueron pequeñas reflexiones como éstas las que “marcaron las huellas por donde muchos críticos, traductores y traductólogos habrían de transitar en el futuro” (p. 23).

Como hemos dicho, la obra está dividida en dos partes: la primera de ellas recoge los artículos que hablan de teoría de la traducción y resultará curioso para el lector que conozca bien las modernas tendencias de este campo comprobar que muchas de esas ideas se avanza ya aquí, aunque sea con otros nombres. Así, por ejemplo, en varios de los ensayos se habla del eterno problema de si es lícito adaptar una obra extranjera a los gustos y costumbres de la sociedad receptora o si es mejor mantener el sabor original para que no se pierda el verdadero sentido de la obra en su contexto. Una duda que, muchos años más tarde, traería como resultado a la conocida dicotomía entre exotización y domesticación de Lawrence Venuti. Como muestra, en el primer artículo un escritor anónimo afirma que la adaptación rigurosa de una obra de teatro ha privado a sus traductores de “dar a su trabajo el sabor local que algunos paladares delicados echarán de menos” (p. 27), mientras que en otro Ricardo Baeza afirma que es necesario “moldear al público, en lugar de moldearse con arreglo a él” para de esta forma poder introducir innovaciones en el teatro. Si, por el contrario, no se eleva el nivel de las obras para no contrariar los gustos del público, el teatro “no podrá salir jamás de una situación estacionaria” (pág. 40). De esta forma, Baeza intuye también una vertiente pedagógica en la traducción, una idea que ampliarán años más tarde las teorías postcoloniales.

Traducir el sentido sin perder la forma es otro de los temas recurrentes en estos ensayos; de hecho, varios autores se quejan de la cantidad de versiones apresuradas y sin sentido que se publican cuando, en palabras de Gómez Carrillo, “traducir es un arte de abolengo” (p. 36). Así, se reclaman profesionales que realmente conozcan la obra y el estilo del autor además del idioma, en lugar de traductores que hacen su trabajo de una forma mecánica, “que no dejan ver la diferencia que existe entre una página de Flaubert y una página de Stendhal” (p 38). De esta manera, se incide en la idea de que la traducción literaria tiene precisamente que ser tan “literaria” como se pueda, sin perder nunca de vista la literalidad... o incluso perdiéndola en algunos casos, porque, como nos cuenta Araujo-Costa, hay traducciones que mejoran el original.

Curioso resulta también leer artículos, escritos sobre todo en la época de la posguerra, que nos hablan de la falta de producción nacional de literatura. Aunque varios autores se quejan de que se traducía demasiado, es justo reconocer que en una época de absoluta crisis a todos los niveles, la traducción actuó como medio impulsor de nuevas ideas y corrientes estéticas. A pesar incluso de la censura, las numerosas traducciones que se hicieron de obras extranjeras sirvieron para reavivar una escena literaria y cultural que estaba prácticamente muerta. Como afirma



Francisco de Cossío, la guerra rompió “la línea de continuidad en la expresión” y provocó que hubiera “un gran vacío de ideas” (p. 59) y es en ese momento cuando más valor adquiere nuestro trabajo porque “entonces no es el escritor audaz el que impone un estilo nuevo, es el traductor”.

La segunda parte del libro está dedicada a la crítica de traducciones y en ella encontramos numerosos artículos que dan cuenta de la mala calidad de ciertas versiones. Especialmente recurrentes son los que Astrana Marín dedica a las traducciones de *Romeo y Julieta* y *Hamlet* de Martínez Sierra, de quien dice que “ha suprimido del original personajes, escenas enteras y párrafos completos, y añadido lo que le ha venido en gana. Una profanación como jamás se llevó a cabo” (p. 72).

Por otra parte, resulta interesante ver cómo a lo largo de esta segunda parte se hacen patentes dos tipos de actitudes respecto a la traducción. La primera, defendida por la mayor parte de los escritores que aparecen en el libro, considera este trabajo como una labor compleja que precisa de una preparación académica o intelectual y de cierto gusto y estilo literario. La segunda, en cambio, considera que la traducción es una tarea mecánica que no merece ninguna consideración especial; sirven como muestra las palabras de la traductora de *In carcere et vinculis* de Oscar Wilde al español: “«al fin y a la postre, una traducción no es sino una traducción»” (p. 112). Podríamos decir que aún encontramos una tercera actitud, la que manifiesta Baeza al afirmar que “una obra extranjera no ejerce su plenitud de influencia en un país hasta que se haya incorporado a su idioma” (p. 119); de esta forma, conecta con recientes teorías que consideran que el traductor es co-autor de la obra, puesto que le da voz en otro idioma. Así, en lugar de relegar a las traducciones y a sus autores a un segundo plano, Baeza prosigue su alegato en el siguiente párrafo afirmando que “la traducción, considerada en su ser genuino, es cosa muy distinta: una verdadera obra de arte; tan artística, desde el punto de vista de la forma, como la obra de creación, y participando de la naturaleza de ésta de la obra de crítica” (p. 119).

Por último, me gustaría comentar una serie de quejas que aparecen de forma recurrente a lo largo de todo el libro y que, curiosamente, siguen oyéndose hoy en día. Son varios los autores que en esta obra se lamentan de la baja calidad de algunas traducciones y si bien en varios casos es evidente que no existe justificación para un trabajo mal hecho, en otros afirman que no es tan raro teniendo en cuenta “las condiciones de precariedad en que se desenvuelve nuestra labor de traducción: industria a destajo, realmente; trabajo mal retribuido y, como tal, hecho con toda premura” (p. 50). Además de denunciar las malas condiciones laborales en las que se desarrolla el trabajo, se lamentan de la poca profesionalidad de los editores, quienes “escogen traductores oscuros, de corto salario” (p. 57).

Es cierto que nuestro campo ha avanzado mucho; hoy en día, se publican numerosos libros sobre traducción; se organizan congresos, seminarios, jornadas; y existen un sinnúmero de másteres y programas de doctorado, además de la licenciatura. La profesión ha avanzado y sin embargo, en muchos casos, las condiciones de trabajo siguen siendo las mismas de hace 90 años.

Las razones, tanto ayer como hoy, son de sobra conocidas y ya las apuntaba bien Gómez de Baquero a principios del siglo XX: “Dicen que en el fondo de toda cuestión social hay una cuestión económica. En el fondo de la mayor parte de los fenómenos literarios hay también un sedimento económico” (p. 65).

En conclusión, *Teoría y práctica de la traducción en la prensa periodística española (1900-1965)* es una obra interesante y de lectura entretenida y agradable, un paseo por la vida literaria de nuestro país durante los primeros 65 años del siglo XX, un ejercicio de recuerdo que nos ayuda a comprender el estado actual de nuestra profesión. Antonio Raúl de Toro Santos y Pablo Cancelo López realizan un excelente trabajo de recopilación al poner a nuestro alcance 32 artículos que, puesto que avanzan algunas de las ideas que revolucionarían el mundo de la traducción en las últimas décadas del siglo XX, podrían ser considerados pioneros en la reflexión traductológica en España.

[MARÍA LÓPEZ PONZ]

**Oliver, Antoni; Moré, Joaquim; Climent, Salvador (coord.) (2008). *Traducción y tecnologías*. Barcelona: Editorial UOC. 315 pp. ISBN 978-84-9788-740-3**

El uso de las nuevas tecnologías, en expansión especialmente durante los últimos años, se está incorporando a todas las actividades, de manera que también el sector de la traducción cuenta en la actualidad con una gran cantidad de herramientas y utilidades tecnológicas que facilitan la labor del traductor. Sin embargo, en ocasiones el traductor puede sentirse perdido, debido fundamentalmente a la elección de programas poco adecuados para sus necesidades, perdiendo así tiempo y haciendo un mayor esfuerzo. Oliver y Moré, coordinados por Climent, pretenden con esta obra, dirigida a estudiantes de grado y de postgrado, así como a traductores profesionales, ofrecer los conocimientos básicos y la práctica con herramientas y recursos informáticos necesarios para optimizar la productividad y el rendimiento del traductor.

El presente volumen, que comienza con una breve “Introducción” (pp. 13-15) realizada por el coordinador, se encuentra articulado en dos partes diferenciadas: los temas teóricos de la primera parte se complementan con diversas prácticas, en las que se utilizan los recursos propuestos por los autores. Asimismo, habría que destacar que es una obra en constante desarrollo pues, debido a los numerosos avances que se producen en el mundo de las tecnologías, los autores han creado una página web en la que se incluyen contenidos como los enlaces para descargar recursos y archivos necesarios para las prácticas, nuevos capítulos e información actualizada sobre tecnologías aplicadas a la traducción, entre otros.

La parte teórica (pp. 17-184) cuenta con nueve capítulos, todos muy bien organizados, hecho que facilita la comprensión de los conceptos explicados. Cada uno comienza con una breve “Introducción” al capítulo, los “Objetivos” que se conseguirán y el índice del “Contenido”, y termina con las “Conclusiones” y con

una concisa bibliografía y una serie de referencias, fundamentalmente electrónicas, “Para ampliar conocimientos” relacionadas con el tema tratado.

El primer capítulo, titulado “Software y recursos libres y de libre distribución” (pp. 17-26), comienza mostrando las confusiones que origina el uso del adjetivo libre. Los autores señalan que la ambigüedad del adjetivo “free” (en inglés puede significar tanto libre como gratuito) puede llevar a errores, de forma que remiten a la Free Software Foundation (FSF), en la que se establece que un programa es libre cuando los usuarios pueden usarlo con cualquier fin, pueden estudiar cómo funciona y adaptarlo y pueden distribuir copias y mejorar el programa, así como hacer públicas estas mejoras. De esta forma, el software libre no es incompatible con la venta de copias, por lo que no implica necesariamente que sea software gratuito. Resulta muy interesante la clasificación de los distintos tipos de software libre, que quedan recogidos en una tabla explicativa en el apartado “Tipología de software” (pp. 23-24).

El siguiente capítulo, “La traducción automática” (pp. 27-43), está dedicado a esta disciplina, parte de la Lingüística Computacional, que tiene una larga tradición y puede ser abordada desde distintos puntos de vista. Oliver y Moré, tras mostrar las limitaciones de la TA (fundamentalmente la escasa calidad de la traducción atendiendo a parámetros como inteligibilidad, precisión, fidelidad y estilo), ofrecen una valoración de la utilidad real de este sistema y afirman que puede ser utilizada, por ejemplo, con grandes volúmenes de texto cuando se traduzca con lenguaje controlado. A continuación, en el capítulo que lleva por título “La traducción asistida por ordenador” (pp. 45-58), los autores establecen las diferencias entre los sistemas de traducción asistida y los de traducción automática, destacando de la primera aspectos como el entorno de trabajo o la indexación y recuperación de las memorias de traducción, así como otras funcionalidades, entre las que se incluyen la búsqueda en las memorias de traducción o el análisis de proyectos, que agiliza la realización de presupuestos precisos y la evaluación del tiempo necesario para realizar el proceso asignado.

Partiendo de la definición del capítulo tercero en la que se establecía que una memoria es “un depósito de textos en una lengua con sus correspondientes traducciones en una o más lenguas” (p. 60), Oliver y Moré explican en el cuarto capítulo, titulado “Las memorias de traducción” (pp. 59-74), las distintas aplicaciones de éstas, entre las que destacan el aumento de la productividad y de la coherencia, la búsqueda de segmentos con una determinada cadena y una mayor rapidez en el proceso traductor, debido a que el profesional sólo tendrá que traducir fragmentos concretos del texto mediante la recuperación de la memoria (o memorias) de traducción. Debido a que cada herramienta de traducción asistida utiliza un formato propio para almacenar las memorias, la LISA (Localization Industry Standards Association) presentó en 1998 el formato especial para el intercambio de memorias TMX (Translation Memory eXchange), al que se le dedica en esta obra un apartado que incluye un ejemplo de un fragmento del código de

lenguaje de programación. El uso del estándar TMX permite un intercambio sencillo de memorias entre diferentes herramientas y proveedores de servicios de traducción sin que se produzcan pérdidas relevantes de información.

El capítulo quinto, “La terminología” (pp. 75-92) comienza con una definición del concepto “término”, estableciendo que es una unidad constituida por un concepto y su denominación. Los autores consideran que una recopilación monolingüe de términos habría de incluir ambos, siendo la denominación la palabra en sí, mientras que el concepto se apoyaría en definiciones, esquemas o imágenes. Sin embargo, un glosario, para que sea útil en traducción, ha de contener más de una lengua y también resulta muy útil, especialmente para facilitar la búsqueda, conocer el área de especialidad del término. Asimismo, se ofrecen una serie de propuestas para la organización y clasificación de las bases de datos terminológicas como el tema de especialidad o las lenguas implicadas, entre otros; así como técnicas para la extracción automática de terminología. Las bases de datos terminológicas también cuentan con un formato estándar para el intercambio, denominado TBX (TermBase eXchange), similar al utilizado en las memorias de traducción.

Los *corpora* lingüísticos forman parte en la actualidad de uno de los campos más punteros de la lingüística computacional. El capítulo sexto (pp. 93-108) está dedicado al *corpus* lingüístico que, según Sinclair, es “una recopilación de fragmentos de una lengua que se seleccionan y se ordenan según un criterio lingüístico con la finalidad de ser utilizado como una muestra de la lengua o de una variedad de la lengua” (p. 94). Los autores muestran, mediante distintos ejemplos, que con un estudio de *corpus* se puede obtener información sobre fenómenos que sólo pueden describirse mediante datos, y no de forma teórica. Por otra parte, el diseño de un *corpus* se puede establecer mediante la combinación de unos parámetros, siguiendo distintos criterios, que hacen referencia a las características de los textos que lo conforman. Resulta de gran utilidad el apartado quinto de este capítulo, titulado “*Corpus* de obtención o consulta gratuitas”, pues ofrece una tabla que recoge numerosos enlaces a *corpora* lingüísticos disponibles en Internet.

“Formatos de codificación de texto y datos. Características y tratamiento” (pp. 109-142), el séptimo capítulo, profundiza en el hecho de que los documentos que recibe un traductor pueden estar en diversas codificaciones de caracteres y, por tanto, resulta imprescindible saber abrirlos con la codificación adecuada. No obstante, Oliver y Moré señalan que la traducción se tendrá que entregar en muchos casos con una codificación de caracteres diferente a la del original. El apartado segundo de este capítulo, “Representación de la información textual: código de caracteres. Unicode.” (pp. 113-132), incluye un gran número de ejemplos, mediante capturas de pantalla, así como definiciones de conceptos básicos, que son esenciales para entender los sistemas de codificación informática de la información textual y no textual y para poder tratar correctamente los diferentes formatos informáticos.

Por otra parte, para transmitir información y procesarla independientemente de la plataforma, el hardware o el software es conveniente marcarla con un formato de

lenguaje estándar. Con este objetivo, los autores en el capítulo octavo, titulado “Lenguajes de marcaje: HTML y XML” (pp. 143-167), han optado por los lenguajes HTML y XML. El primero, cuya sigla responde a Hyper Text Markup Language, es un formato de publicación de la información disponible en Internet, caracterizado por los enlaces de hipertexto y utilizado para la visualización de páginas web; destaca por ser un lenguaje que sólo necesita la incorporación de etiquetas y que puede utilizarse con un editor de textos sencillo. El XML (eXtensible Markup Language) es un lenguaje general multipropósito muy extendido en el ámbito de la traducción, pues permite un intercambio rápido de documentos.

El último capítulo de la parte teórica se titula “Introducción a la localización de software” (pp. 169-184). La localización de software tiene dos vertientes, una técnica y otra lingüística; sin embargo, este capítulo versa sobre la segunda, debido a que presenta unas características muy marcadas que diferencian claramente estos proyectos de los más tradicionales de traducción de textos. Comienza con la definición de dos conceptos fundamentales en la traducción actual: localización e internacionalización. Considerando los diversos tipos de archivos que pueden aparecer en un proyecto de localización, los autores presentan los más habituales, incluyendo sus características principales y las herramientas imprescindibles para tratarlos. Se incluyen, además, el código de programación, los ejecutables, los ficheros de recursos (resource files), etc. Cabe destacar el apartado cuarto, “Aspectos importantes que hay que tener en cuenta en un proyecto de localización” (pp. 178-180), pues recoge elementos que hay que considerar al abordar un proyecto enmarcado en este tipo de traducción, como puede ser la expansión del texto, debido a que cada lengua ocupa más o menos espacio para un mismo significado.

Siguen a este capítulo las dieciséis prácticas recogidas en esta obra que abarcan aspectos como el “Uso de las memorias de traducción con ForeignDesk” (pp. 203-209), la “Extracción automática de terminología” (pp. 233-235) o la “Localización de software con ForeignDesk” (pp. 311-315), entre otras. Cada una de ellas está articulada en los siguientes apartados: “Descripción de la práctica”, “Objetivos” y “Método operativo”, en el que se detallan los pasos que hay que seguir para realizarla. Algunos casos incluyen también “Otras cuestiones”, que amplían la información y ofrecen nuevas explicaciones para realizar prácticas paralelas.

Si bien la traducción al castellano de la página web que complementa a la presente obra, actualmente sólo en catalán, podría ser de mayor utilidad para los estudiantes o profesionales de la traducción no versados en esta lengua, con el fin de contar con mayores facilidades para la realización de las prácticas y la descarga de aplicaciones, así como para el acceso a la información sobre nuevas tecnologías aplicadas a la traducción, ésta es una herramienta muy innovadora que va acorde con la filosofía de Oliver y Moré que se refleja en el presente trabajo. Asimismo, en algunos casos sería de gran utilidad el uso de capturas de pantalla que mostraran el resultado final de las prácticas propuestas, de forma que quienes las hagan puedan saber si las han realizado de forma correcta. En este sentido, también podría ser útil

incluir una bibliografía general para el conjunto de la obra, que complementara la bibliografía de cada capítulo teórico, con el fin de que el lector del presente volumen pudiera consultar más rápidamente sus dudas en otras obras de referencia.

Como se desprende de lo dicho anteriormente, *Traducción y tecnologías* es un manual de gran utilidad dirigido tanto a estudiantes como a profesionales de la traducción, pues recopila y explica de forma detallada un gran número de recursos y aplicaciones imprescindibles para la mayoría de los proyectos de traducción que se realizan en la actualidad, debido al impacto que tienen las tecnologías en todas las actividades humanas en general, y en el ámbito de la traducción en particular.

[CRISTINA HUERTAS ABRIL]